

atacando y destruyendo el Protestantismo unas de estas doctrinas, y enervando y desacreditando otras con sus infinitas variaciones, consecuencia necesaria de la falta de una regla segura é invariable de fe, de una autoridad docente fija, hemos evidenciado, repetimos, que el Protestantismo por lo que ha tenido de debilitante y desconceptuador de estas doctrinas las ha vuelto infructíferas en el hermoso sentido que hemos dicho; y por lo que tiene de agresor y destructor de las mismas, ha fructificado en sentido contrario; esto es, ha degradado al hombre, ha rebajado su carácter, y le ha precipitado en la desdicha, así como á la sociedad cuya paz y estabilidad ha perturbado.

De la misma manera hemos demostrado cuán desconsoladoras y hasta crueles y horrorosas son las doctrinas sofisticas, ateas é incrédulas para la humanidad doliente y afligida, cuán infeliz hacen al hombre, y cuánto rebajan su carácter y su condicion que pone al nivel de la del bruto. Hemos demostrado que la incredulidad es el instrumento óptico de la desgracia y de la calamidad, al través del cual miradas se ensanchan y se aumentan prodigiosamente; que es el cáustico que las exaspera y vuelve mas acres y duras, llevando á la desesperacion al infeliz que es afligido por ellas.

Por deducciones naturales y lógicas del discurso, hemos probado á los sofistas que las doctrinas del Cristianismo, por su sublimidad y por el perfectísimo conocimiento que encierran de la degeneracion del hombre, de sus miserias y de sus necesidades, no pueden ser de origen humano, que es una necedad ó insensatez desechar esas doctrinas, y una calumnia sacrílega é impía apellidarlas *ridículas, fanáticas y supersticiosas*, y lo que es mas inicuo aun y calumnioso, acusarlas de despóticas y tiranas para el hombre, y enemigas de su bienestar y de su dicha.

Mas: transigiendo por un momento con sus vociferaciones sacrílegas y acusaciones impías hemos demostrado que, sean verdaderas ó falsas, reales ó ficticias estas doctrinas, en todo caso resulta que son eminentemente útiles y ventajosas á todos los hombres, á todas las clases y á todas las condiciones sociales, y entonces seria mas pasmoso aun el inventor que el héroe (1). Así, pues, invocando la franqueza

(1) Rousseau, *Emilio*.

de los sofistas, les hemos advertido, que si bien en fuerza de sus sistemas impíos pueden decir que el autor del Evangelio fue un impostor y un engañador del hombre, no podrán menos de confesar que fue un amigo verdadero suyo animado de las mas rectas intenciones respecto de él, dado que le vino á inducir en unos errores que hacen su felicidad y su ventura.

Y por último, que conociendo, como no pueden menos de conocer, á no ser que iguale su ignorancia á su impiedad, las inmensas ventajas y la benéfica influencia de las doctrinas del Cristianismo para el hombre y para la sociedad, deben profesarlas en toda hipótesis y aceptarlas, vengan de donde vengan, so pena de ser enemigos de su propia dignidad y de su dicha, y del bienestar y felicidad de las sociedades.

#### Conclusion.

Al llegar al término de la obra que emprendimos, creemos podernos lisonjear de haber probado plenamente en ella, entre otras muchas, estas dos verdades,

Primera: «Que los medios por los cuales el hombre obtiene su felicidad eterna, son precisamente los mismos que labran su dicha temporal.»

Segunda: «Que estos medios son las doctrinas del Evangelio y las del Cristianismo.» Así que como en el Evangelio y el Cristianismo puro, tal como lo estableció su divino Autor, está encerrada la dicha del hombre sobre la tierra y su único consuelo, hemos visto que atacando la Reforma su integridad y su pureza, y destruyéndolo el Filosofismo por sus cimientos, han precipitado al hombre en la infelicidad y en la desdicha: y no contentos, especialmente el último, con haberle llevado la desgracia y el infortunio, le han arrebatado cruelmente todo consuelo, todo alivio y toda esperanza.

Solamente una cosa han ganado en esta obra de retoque y demolicion sobre el edificio del Cristianismo, las pasiones humanas. Esta ganancia funesta era consiguiente á la destruccion de aquello que las tenia fuertemente sujetas; y sucedió lo que era de esperar, á saber, que mientras las pasiones ya alegres con la soltura y el desenfreno iban can-

tando victoria por el territorio de su reinado, la humanidad indigente, doliente y afligida, ó se ha visto obligada á buscar el término de sus penalidades en un crimen horrendo, cuya frecuencia es debida á esta causa, ó se ha acogido á la caridad católica, que la ha abierto sus tesoros y sus benéficos asilos.

Como los sofistas ignoran, ó no quieren conocer, que la dicha ha dispuesto su morada en la virtud y no en el vicio, creen incompatibles las dos felicidades del hombre, la temporal y la eterna, y que no hay otro medio que optar entre una y otra: y como sus sistemas son positivos en sumo grado y partidarios de lo presente, se asen fuertemente del vicio cual si temieran que se les escape; pero ¡ay! no tardan mucho en convencerse de que han hallado en él precisamente lo contrario de lo que buscaban.

Hemos probado que las dos felicidades, la de la tierra y la del cielo, y también ambas desdichas son inseparables y correlativas, que se presuponen mutuamente, ó, mejor dicho, que no componen más que una sola felicidad ó desdicha: solo que se pone de por medio la muerte, que es para el justo como el telescopio mirando al través del cual ve agrandarse el horizonte de la dicha que aquí halló en el mismo sufrimiento, así como el réprobo mira dilatarse el horror de la infelicidad que encontró en los mismos goces. Por manera, que apartando los sofistas á los hombres de los medios que conducen á una felicidad, también les arrebatan en ello la otra, dejándoles sin ninguna; y no solamente sin ninguna, sino también con sus dos opuestas desdichas.

Finalmente, se habrá notado que el propósito principal y constante de la obra ha sido probar, como creemos haberlo hecho, que únicamente en el Cristianismo consiste la dignidad y la dicha aun temporal del hombre y el bienestar de la sociedad: que solamente el Catolicismo continúa en la posesión de esta influencia grandiosa, como que es el mismo Cristianismo puro; y por último, que la Reforma y el Filosofismo son absolutamente impotentes y estériles para producir estos hermosos efectos, sin que puedan de ninguna manera fructificar á sus desgraciados prosélitos otra cosa que lo que hemos visto, y aun estamos viendo, la degradación y la infelicidad, ni á las sociedades otra cosa que el caos y la disolución.

Censurada esta obra por la autoridad eclesiástica, la someto de nuevo al fallo del supremo Jefe de la Iglesia católica, apostólica, romana, en cuya fe he nacido, cuya fe predico, como ministro que soy de ella, aunque indigno, y en la cual tendré á gran dicha terminar la peregrinación de esta vida.

FIN.



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA  
DEL ESTADO DE NUEVO LEON